

Plan social

El comité de empresa de Dulciora espera firmar este mes 46 traslados y 50 prejubilaciones

ABC VALLADOLID

El comité de empresa de Dulciora espera rubricar con la dirección de Mondelez antes de fin de año el plan social que fue ratificado por los trabajadores en asamblea y que contempla medio centenar de prejubilaciones y 46 traslados —20 a la planta de Viana (Navarra), 15 a distintas fábricas de Francia y el resto al departamento de ventas—.

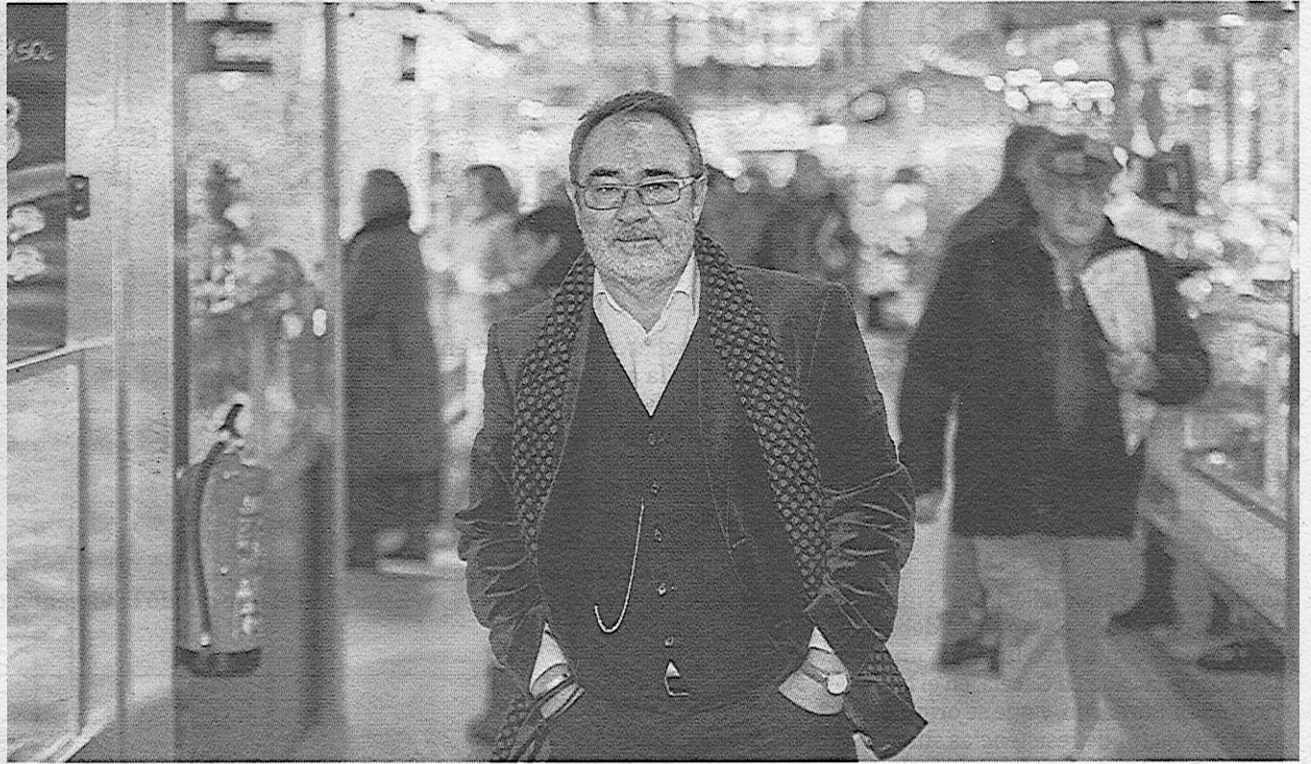
Las portavoces del comité de empresa Belén Bueno y Maite Domínguez coincidieron en señalar que las condiciones del plan social «no son malas», dado que las indemnizaciones pactadas está por encima de las establecidas tras la reforma laboral, ya que fijan 45 días de salario por año trabajado hasta un tope de 42 mensualidades.

No obstante, y antes de participar en una concentración en Fuente Dorada, ambas representantes sindicales aseguraron que una vez pactado este plan social, el objetivo ahora es presionar para que fructifique alguna de las ofertas de compra de la planta vallisoletana que Mondelez tiene encima de la mesa. En este sentido, Bueno matizó que las negociaciones se están llevando a cabo con mucho sigilo por parte de la dirección de la empresa, e insistió que «nosotros nos seguiremos movilizándolo hasta que se confirme alguna de las opciones, ya que es el mejor camino para mantener el mayor número de empleos».

A su vez, ambas sindicalistas reconocieron y agradecieron el apoyo que están recibiendo de todas las instituciones públicas para mantener la actividad de una fábrica en la que trabajan 250 personas, de las que 2014 cuentan con un contrato indefinido. En este sentido, Bueno indicó que el apoyo se recibió desde el anuncio de cierre realizado por Mondelez en marzo de este año, pero «ahora estamos viendo que esta ayuda funciona de verdad».

Apoyo de Sada

En la concentración de Fuente Dorada, a la que asistieron cerca de 200 personas, también estuvieron presentes trabajadores y miembros del comité de empresa de Sada, empresa que a principios de este mes de diciembre anunció su intención de cerrar la planta de Valladolid, en la que trabajan 82 personas, además de dar trabajo indirecto a 50 cooperativistas. La presidenta del comité de empresa, Nieves Muñoz, resaltó que con su presencia se quiere apoyar las reivindicaciones de los empleados de Dulciora.



Luis Miguel de Dios, en el vallisoletano Mercado del Val, uno de los pocos ambientes urbanos que recoge su obra

«Desde que nací, he visto el realismo mágico todos los días»

► El periodista Luis Miguel de Dios publica «El llanto del trigo», su primera obra de ficción

H. DÍAZ
VALLADOLID

Aunque estudió periodismo porque le gustaba escribir, sus casi 40 años de articulista e informador relegaron la vocación literaria de Luis Miguel de Dios (Guarrate, Zamora, 1954) a un segundo plano. Ahora, retirado ya de las «prisas» que supone la actualidad informativa, ha podido resarcirse con «El llanto del trigo» (Agilice Digital, 2016), su primera obra de ficción. Doce cuentos —«el editor quería un número redondo», explica—, concebidos a lo largo de varios años componen el libro. Absolutamente independientes entre sí, en conjunto constituyen una fotografía, más o menos desalentadora, del medio rural castellano y leonés. En ellos van surgiendo temas como la emigración, la despoblación, el envejecimiento, el abandono del campo,...

No son asuntos nuevos, pero son los que han preocupado siempre al periodista, como le ocurriera en su día a Miguel Delibes, por cuya obra confiesa sentir entusiasmo desde que le conociera cuando comenzó a hacer prácticas en El Norte de Castilla. «En mi caso se trataba, además, de una doble admiración: una, como escritor, y otra, porque descubrí de repente a alguien que además de tocar en literatura te-

mas relacionados con la vida de un pueblo, lo hacía de maravilla y resultaban ser grandes obras».

En «El llanto del trigo» no aparecen Daniel el Mochuelo, ni Tío el Ratero, pero están Cerebrito, Zamparreales, Sinesio el Broncas, Sopapos, el Tío Pitarro... Inventados todos ellos, aunque algunos tienen su origen en personas con las que un día se cruzó Luis Miguel de Dios. «Aunque se trata de literatura de ficción, para hacer algo más realista suelo partir de algún personaje que conoces y que piensas que da para un cuento».

Lo que sí es perfectamente reconocible es el paisaje en el que ambienta la mayoría de los relatos, el de la llanura y los pequeños pueblos de Castilla y León que viven de la agricultura. Y vuelve a su referente: «Decía Miguel Delibes

que para escribir hace falta tener un paisaje, un hombre y una pasión, que en mi caso esta última son las historias, vicisitudes y problemas que están ocurriendo a la gente de esta tierra».

Problemas que tienen que ver con el mencionado abandono de los pueblos, cuya «cronicidad» preocupa «al cien por cien» al periodista zamorano, quien considera que si no se piensa «seriamente en una repoblación», dentro de diez años «aquí no quedará ni el apuntador»; pero también aquellos relacionados con la pérdida de una rica cultura arraigada en el medio rural, en sus costumbres y en su lenguaje, que en su opinión, han sufrido un grave abandono en las décadas precedentes debido a que los castellano y leoneses, para integrarse allá donde emigraban, «renunciaban muchas veces a sus orígenes por miedo a sentirse inferiores».

¿Y cómo evitar, en un mundo que tiende a la uniformidad y globalización, que esos modismos, esas palabras, se pierdan? «Sólo recuperando el orgullo y la dignidad de ser de esta tierra y defendiendo sus valores», opina.

El periodista seguirá con su recién estrenada carrera literaria. Tiene ideas «para siete u ocho cuentos» y además está pensando en una novela con la que seguir ahondando en su tierra: «Tengo anotadas cientos de anécdotas reales porque si no se me acaban olvidando. Todo el mundo habla de que los latinoamericanos inventaron el realismo mágico, pero yo lo he visto todos los días desde que nací», apunta el periodista, quien en su día rechazó irse a Madrid a trabajar porque creía tener un compromiso con Castilla y León.



El llanto del trigo
Editorial Agilice
135 páginas
16 euros



Miedo a sentirse inferiores
«Los castellano y leoneses renunciaron muchas veces a sus orígenes por miedo a sentirse inferiores»